



La ciudad
de la lluvia Alfonso
del Río

DESTINO

La ciudad de la lluvia

Alfonso
del Río

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1426

© Alfonso del Río Moreno, 2018

Autor representado por Silvia Bastos S.L., Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A. (2018)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2018

ISBN: 978-84-233-5342-2

Depósito legal: B. 3.333-2018

Impreso por Cayfosa

Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el

91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Mi vida, 1

Me presento

Soy abogado. Y no uno cualquiera, sino el mejor. Eso sí, no soy uno de esos abogados de las películas, con sus togas prestadas y sus “¡protesto!” o sus “si su señoría me lo permite”. Es cierto que alguna vez he tenido que ir a juicio cuando a mis clientes se les han puesto las cosas feas. Pero no, normalmente no soy uno de esos abogados. Estoy especializado en derecho empresarial. Así que, más bien, soy de esos que están detrás de las noticias que salen en la prensa económica. De los que saben cuándo va a haber una fusión o cuándo va a producirse una venta importante. Y siempre lo sé antes de que el público o el mercado lo intuyan.

Durante los dos últimos años, he aparecido en las revistas especializadas como uno de los cien mejores abogados del mundo. Aún no sé por qué no aparezco en primer lugar. Será por mi edad. Aunque ya he cumplido hace tiempo los cuarenta, aún

soy demasiado joven. Mejor dicho, aún no soy lo suficientemente viejo.

Pero todo eso ya no importa. Llevo varios días huyendo de la muerte. Recluido en mi escondrijo para que no me encuentren, porque si me encuentran estoy jodido. He sudado como un cerdo y ya ni siquiera me importa haber destrozado un traje que me costó cien mil pesetas.

Así que voy a morir. Y no tengo culpa de nada: no soy más que una víctima. O, al menos, eso creo.

A pesar de mi situación, intento no reprocharme las decisiones que he tomado y que me han llevado a estar como estoy: bien jodido. He aprendido a no tener miedo a equivocarme. Eso es lo que me convirtió en lo que soy. Bueno, en lo que era. Ahora escupo todo este remordimiento en el único consuelo material que me queda: una vieja máquina de escribir.

Porque ahora mismo lo único que me consuela es saber que, a pesar de todo, sigo siendo abogado. Y no uno cualquiera, sino el mejor.

Esta es mi historia.

La conciencia es como la piel. Al principio, se muestra delicada como la epidermis de un recién nacido. Perfectamente sensible a cualquier estímulo. Pero si se descuida, si se expone, si se desprecia, acaba endurecida, ajada y vieja, como la piel callosa de las manos de un campesino. Incapaz de sentir si tiene una picadura, un corte... o una herida incurable.

El Extranjero

París, octubre de 1939

El hombre de la bata de cuadros escoceses, con su pañuelo de seda anudado al cuello, levanta con delicadeza el brazo del gramófono y coloca cuidadosamente la aguja sobre el disco. La púa hace contacto con la superficie labrada y comienza a escucharse una melodía, el aria «O mio babbino caro» de la ópera *Gianni Schicchi*. Una ópera joven pero de la que él se había enamorado desde el principio.

Satisfecho, recorre el salón y se dirige al sillón orejero que queda a su derecha para deleitarse más

plácidamente con la música que inunda la habitación. Deja volar su pensamiento. Así es como reflexiona mejor.

Está en París, en una casa que tiene alquilada desde hace años para usos ocasionales. Nadie más que él sabe de su existencia. Esta vez solo permanecerá allí dos días. Tiene que reunirse con el ingeniero que ha contratado. La máquina va viento en popa, según parece, pero quiere cerciorarse. Si todo sigue su curso, su plan podrá llevarse a cabo al fin.

Aquí viene la mejor parte de la pieza que escucha... Cierra los ojos, pero el inoportuno sonido del teléfono rompe el hechizo en que comenzaba a sumergirse y le provoca una notable irritación.

—¿Sí, dígame? —responde con hastío. Solo puede ser su casero parisino, que reside en el mismo inmueble.

—¿Qué tal el viaje?

Pero no. El hombre, extrañado, reconoce la voz de su colega el ingeniero. Es de Valencia, aunque emigró por trabajo a Polonia y se vio atrapado en la maraña de la guerra. Se trata de un socio discreto que se ha ganado su confianza y, casi, su amistad. Lo ha trasladado de Polonia a París para que pueda trabajar con las personas que conocen de primera mano las máquinas que usa el Reich.

—¿Cómo me ha localizado? —pregunta.

—Si no lo hubiera hecho, no merecería que gente como usted contratase mis servicios.

El hombre sonríe. Tiene toda la razón del mundo. Si ese ingeniero es ahora su socio es precisamente por eso. No solo por sus conocimientos técnicos y su

capacidad para el diseño. Sino también por esa astucia que lo hace adelantarse a los acontecimientos. Tiene claro que en aquella aventura van a ser muy pocos sus acompañantes. Y no necesita que sean solo buenos. Necesita que sean eficaces y discretos.

—Muy bien, muy bien —admite por fin, con media sonrisa—. Entonces, mañana nos vemos en el lugar acordado para verificar cómo va la máquina.

—Sí, pero no lo llamo por eso.

El hombre se pone en alerta. Su socio tiene otra tarea asignada: encontrar un topo en el bando nazi que pueda hacer posible lo que planean.

—Dígame, ¿se ha enterado de algo que pueda ayudarme? —pregunta sin ocultar la excitación.

—Sí... —El ingeniero hace una pausa, como si estuviese sorprendido por algo—. ¿Eso que escucha es Puccini?

—En efecto —responde satisfecho.

—Muy buena elección.

—Ya. ¿Qué quería decirme?

—He conectado con alguien que puede conseguirnos un contacto próximo en la más alta cúpula del poder nazi...

El hombre tensa la mandíbula y se aprieta el auricular contra el oído.

—¿Cómo dice?

—Prefiero contárselo mañana en persona. Pero ¿me dirá antes para qué quiere esta información? ¿Me puede decir cuál es nuestro objetivo?

—El hecho de no contárselo entra dentro del precio que le pago, ¿no es cierto?

—Por favor... Hemos recorrido ya un largo cami-

no juntos. Creo que mi fidelidad está más que demostrada. Y nunca termina usted de contármelo todo... ¿Siempre es tan desconfiado?

El hombre es consciente de que lo que dice su socio es verdad, pero ser precavido es la única manera de proteger a los que le prestan ayuda y, más importante aún, de proteger su plan.

—Así es —responde—, siempre soy tan desconfiado.

—¿Por qué, si puede saberse?

—Porque siempre ha sido así... y así está bien.

Mi vida, 2

Mi entrada en los grandes despachos

-Veo que tienes muy buenas referencias, David. Es impresionante.

David era yo. David Schaffer. Y sigo siéndolo, claro, mientras no consigan matarme. Pero bueno, esa, de momento, es otra historia. A todo llegaremos.

-Schaffer... -dijo él masticando mi apellido-. ¿Tienes algo que ver con los Schaffer de Las Arenas?

El tema de los apellidos es muy importante en Bilbao y sus alrededores. Muy importante. Por eso lo preguntó. En la zona de Las Arenas y de Neguri hay muchas familias con prestigio y muchas familias con dinero. A veces, con ambas cosas. Además, dentro de ellas, abundan los apellidos extranjeros. ¿Por qué? Muchas familias ilustres europeas recalaron aquí, en Bilbao, durante alguno de sus auge industriales y, además, esta siempre ha sido una puerta a Europa. Así que, aunque seguramente mi apellido no tenía mucho que ver

con esa familia —yo siempre he vivido en zonas *menos nobles* del Gran Bilbao—, intuí que merecía la pena que se me asociase con esos Schaffer... Solo había, por tanto, una respuesta posible:

—De Las Arenas, sí. No es familia directa, pero por supuesto sé quiénes son.

A tomar por saco.

Por entonces, yo era un joven abogado que ya tenía varios años de experiencia en pequeños despachos locales. En todos ellos había destacado y, por tanto, me había ganado ya el derecho a dar el salto a uno de los grandes bufetes nacionales. Y, en aquel momento, estaba ante una mesa redonda frente a Luis Lorca, fundador y socio director de uno de esos grandes despachos de Bilbao: Lorca & Chapman.

Luis era un hombre de mediana estatura, temprana calvicie, barriga oronda y orejas enormes. Aunque tenía cincuenta y dos años, aparentaba al menos ciento dieciocho. Mientras hablaba, no dejaba de morder la patilla de sus gafas pasadas de moda, como si eso lo convirtiera en un tipo interesante. Pero no necesitaba ese gesto para serlo. Ni siquiera necesitaba ser guapo para resultar atractivo. Su tarjeta de visita y su cuenta corriente hacían ese trabajo por él.

La cuestión es que aquel hombre, como todos los directores de los despachos con

los que me había entrevistado, me hizo creer realmente que me necesitaba, que mis ocurrencias le hacían gracia y mis logros lo impresionaban.

-Tienes un gran currículum.

-Trabajo duro, don Luis, eso es todo -respondí altanero antes de dar una calada al cigarrillo que me había ofrecido.

-Eso se nota, muchacho. Por eso creo que, según lo que puedo ver y lo que me cuentan desde Recursos Humanos, serías idóneo para nuestro proyecto.

Mentira.

-Bueno, se lo agradezco. Ya sabe, don Luis, hay otros bufetes que también me gustan y que voy a tener en cuenta, claro. Estoy en otros procesos y... -Me interrumpí. Pausa dramática. Volví a dar una calada y a expulsar el humo con elegancia. Yo quería entrar en Lorca & Chapman como fuera-. Pero reconozco que Lorca & Chapman es una firma que me interesa. Bueno: todo se verá...

-Bien, David, de acuerdo. Alguien de mi equipo te trasladará una oferta y quedaremos a expensas de lo que respondas. No obstante, aquí me tienes para lo que sea. El número de la oficina ya lo conoces. Sabes que puedes llamarme para cualquier pregunta que se te haya quedado en el tintero.